

Garra.
Fuente: Ilustración de
Leonardo Cotes



Madrugada

Texto: Mayra Cotes¹

Ilustración: Leonardo Cotes²

Desperté nuevamente a la misma hora, sudorosa. Me senté de golpe al borde de la cama, mientras lograba superar el mareo de lo imprevisible. Interrumpido mi sueño por el opaco llanto

de bebé que palpitaba en mi sien como jaqueca de resaca, me tomó unos segundos entender que era mi bebé la que lloraba. Tambaleé hasta la puerta y, al entrar en su cuarto, la pude ver en la cuna; sollozaba. La tomé en brazos y la arrullé buscando calmarla. No sé por qué vino a mi memoria la carta.

La había encontrado semanas atrás, entre las cajas de mi marido, amontonadas en el cuarto del san Alejo. Desde entonces, el episodio se repetía cada madrugada, pero esta vez todo estuvo claro para mí. Me atormentaba la culpa, trasgredí la intimidad de mi marido abriendo un portal a ese

1. Bióloga de la Universidad del Magdalena y magíster en Ciencias Ambientales. *E-mail:* cotesmayra5@gmail.com.

2. Ingeniero civil y dibujante aficionado. *E-mail:* leonardocotes@hotmail.com.

pasado que él había querido dejar atrás. Más allá del temor hacia lo prohibido, de la hormigueante sensación de meter mis narices donde no debía, era claro que al desanudar el encaje negro que ataba la misiva yo había traspasado las fronteras de lo explicable.

Aterrada por lo que sabía que ocurriría a continuación, pero sintiéndome incapaz de dejar a mi bebé desconsolada a su suerte, salí con ella en brazos, pensando que por esta ocasión el destino me permitiría salir bien librada de la situación. Di un paso fuera de la habitación para encontrarme con que estaba entrando en ella.

En su interior, mi esposo carga a mi bebé y yo, que creo sostenerla, veo a la criatura en sus brazos y entro en pánico al desconocer qué llevo entre los míos entonces. Lentamente, bajo la mirada. Un ave rapaz está en lugar de mi bebé. Lanza un zarpazo a mi cuello y huye. Muero cada noche desangrada.

Grito, salgo por fin de mi pesadilla.

“¿Otra vez el mismo sueño, María Teresa?” me pregunta resignado. Al igual que yo, lleva dos semanas sin dormir bien. A él no lo atormentan las pesadillas como a mí. Pero cada madrugada, al despertarme aterrada, lo veo de pie frente a la ventana abierta de nuestra habitación, repeliendo el aire del cigarrillo hacia el patio, remplazando las palabras que no me dice por bocanadas de humo. Ha vuelto a fumar después de años de haberlo dejado. Todo parece coincidir: encontrar esa carta, sentirme culpable por hurgar sus cosas, la aparición de ese horrible sueño, su insomnio, el cigarrillo y su distanciamiento.

—¿Qué te está pasando? Llevas dos semanas dando gritos a la misma hora.

Lo miro, sin responderle nada. Voy a cerciorarme de que mi bebé está bien y solo al tener esa tranquilidad regreso y continúo la conversación.

—Yo leí tu carta. Sé lo reservado que eres con tus cosas, pero la curiosidad fue más fuerte. Y leí tu carta.

—¿De qué demonios estás hablando?, ¿cuál carta?

—La que te escribió Estrella desde Argentina. Desde ese día llegaron las pesadillas. Ella estaba enamorada de ti y tú ni siquiera leíste su carta. Perdóname por revisar tus cosas, pero me llamó mucho la atención; estaba atada con un ligero negro. Ella nos maldijo, tú la abandonaste y ella no te superó. Nos maldijo, Fabricio, nos maldijo.

—Mira, María Teresa, en primer lugar, ¿tú qué carajo tenías que estar hurgando en mis cosas?

—Quería despejar la casa, tienes todo atiborrado de documentos que nunca lees...

—No me interrumpas. En segundo lugar, yo no abandoné a nadie: ella sabía que yo estaría en Argentina mientras duraban mis estudios, ella sola se empelucó con que volvería, yo se lo dejé muy claro desde el principio. Y, en tercer lugar, ¿cuál maldición? Déjate de supersticiones. Si ella me amaba tanto, pues no me haría daño; del amor no salen maldiciones.

Al principio estaba enojado. La falta de sueño, junto a otras tangibles preocupaciones, me tenían irascible. Pero, al obsérvala así, aterrada, con sus rasgos desfigurados por el insomnio, convencida de haber desatado un maleficio, entendí que esta sería una madrugada de confesiones.

Mi relación con María Teresa funcionaba así. A mí me gustaba tener el control y ella necesitaba que le dijera qué hacer. Hubiese podido dar fin a la discusión con un “no es tu asunto” o desmeritando sus emociones con un “estás loca, no se habla más del tema”. Sabía que ella no discutiría mis

órdenes y, si algo la atormentaba, lo seguiría haciendo en silencio. Y es que conociéndola como la conocía, María Teresa sería capaz de amordazar sus pesadillas para no contrariarme. Pero, siendo atormentado por mis propios demonios y regurgitándome el pasado a los mismos fantasmas que juré dejar atrás, sentí empatía por sus miedos y me dispuse a desmadejar los acontecimientos, en un acto de autocompasión, al entender que era mi pánico el que se reflectaba en su mirada.

—Prepararé café, trae la carta.

Santo Tomé, diciembre de 1994

Te escribo ahogada en llanto, trabucada por tu silencio. Han pasado varios meses desde que te fuiste y no recibes mis llamadas; por eso te escribo esta carta. La anudé con el liguerie que me regalaste esa noche, ese mismo que retiraste de mi pierna a mordiscos antes de amarme...

... No he tenido paz desde que te fuiste, me tenés loca, me chamullaste el oído, y ahora, ¿dónde quedaron esas horas de poesía en las que te mostré a Benedetti? No recuerdas las tardes de películas de Subiela en las que nos volvíamos los protagonistas de nuestro propio filme y no conseguíamos llegar al final sin terminar cogiendo como salvajes.

Y esa madrugada en la que a hurtadillas me sacaste del instituto... aguardé en tu habitación hasta que pensamos que nadie nos vería salir, aprovechando cada minuto de espera para volver a refundirnos el uno en el otro. Sin embargo, al creer que habíamos burlado todas las barreras de seguridad del lugar, nos lo encontramos a él, salió de la nada. Fue aterrador ese encuentro con Pájaro. Yo sabía el quilombo en el que me metía, pero aun así no me importó... yo estaba feliz de estar con vos. Fue nuestra primera vez. Y no quiero pensar que esas otras veces fueron tus parciales despedidas, mientras yo me pasaba de idiota pensando que te enamorabas cada vez más de mí.

No he tenido paz desde que te fuiste, ¿sabes? Y como ya entendí que no volverás, con la misma pasión que te amo te conjuro al infierno de mis noches, que no tengas paz como tampoco la tengo yo, que no te encuentre la madrugada nunca más en reposo, como a mí.

Perdóname, mi amado, es solo que te extraño, que quiero volver a tenerte entre mis brazos. Yo sé que podemos hacer una vida juntos. Hablé con papá, le dije que te consiguiera dónde laburar acá, que te consiguiera algo en el instituto. ¿Sabés qué se inventó? Me dijo que ya te lo había propuesto, que justo antes de que te fueras no soportó mi tristeza y te ofreció un trabajo acá, me dijo que tú declinaste su oferta. Yo sé que me miente, yo sé que me lo dice para que te olvide. Pero, si no es acá, yo puedo buscar algo en Colombia... no más es que me digás que sí y yo tomo el primer avión a Bogotá.

Los pibes del boliche preguntan por ti todo el tiempo. Yo les digo que volverás, que estás arreglando tus cosas en Colombia para regresar y casarnos. Ellos me miran enternecidos, creen que no es cierto... pero, ¿qué saben ellos de nuestro amor? ¿Qué saben ellos de esta conexión única que tenemos? Yo sé que volveremos a estar juntos, yo lo sé.

Siempre tuya,

Estrella.

Mientras María Teresa lee y habla de mi primera vez con Estrella, yo pienso en el terror que fue encontrarnos con Pájaro; ninguna otra sensación de ese día superó al pánico que se apoderó de mí al verlo emerger de entre las sombras esa madrugada. Había oído hablar de la seguridad del lugar, pero nunca había visto al maldito. Aunque ese día no nos dijo nada que pareciera una amenaza y tal vez en otro contexto podría ser una frase dirigida a un niño: “¿A dónde van a estas horas el par de ratoncitos?”. Había algo en el tono de voz, en el olor de su

ropa o en la forma en la que acariciaba su arma, mientras no te apartaba la mirada, que me hacía volver a vivir los momentos más amenazantes de mi vida.

Desde ese día, estuve más atento. Solo era detenerme en el sendero y retomar mis pasos para encontrarlo al asecho. Yo aparentaba no temerle y fingía estar tranquilo ofreciéndole un cigarro, pero era igual de mal disimulado mi miedo como cuando subía a la Sierra por lo de mi tesis. Era la misma sensación cuando me paraban “aquellos del camino” a hacerme preguntas, cuyas respuestas ya sabían, y yo les alargaba tembloroso el papel con mi permiso tramitado días antes, ese en el que el patrón aprobaba las visitas a la zona.

Y ahí estaba yo otra vez sintiendo pánico e impotencia. Cambié de país esperando encontrar nuevas experiencias, para encontrarme con el mismo tipo de terror.

Investigué al maldito Pájaro. En ese entonces no supe cuál era su interés particular en ser el encargado de la seguridad en un instituto de investigación. Se decía que habló con todos los que le debían favores para estar en ese puesto. Él era uno de los esbirros de Videla. Lo apodaban Pájaro Rapaz; con el tiempo quedó en solo Pájaro. Tenía la fama de ser el más sanguinario y de, en especial, haberse encarnizado con una de las estudiantes que capturó esa maldita noche de secuestros masivos; así como un ratoncito asustado, jugueteaba con ella entre sus garras, gozaba causándole dolor hasta que se dijo que la embarazó. De la muchacha y la bebé no se supo más.

Con Estrella era otra cosa. Yo, que siempre había sido el patito feo, el último en ser elegido hasta para jugar a los quemados, el favorito del profe y el aborrecido de las niñas. Era para ella su fruta exótica, el extranjero, el de mostrar, le encantaba todo lo que yo hacía y decía, la deslumbraba hasta haciendo un agua de panela, era su

“Encarta” humana, le mostraba otro país y además la amaba, la devoraba con todo el impulso de mis veinticinco y la contención de mis rechazos.

—Háblame de ella, Fabricio, ¿quién era?

—Era la hija adorada de uno de los administrativos de la Universidad. Se rumoraba que era adoptada y tal vez sí, pues no se parecía en nada a los padres. Estudiaba ahí, pero también acompañaba al padre en las oficinas desde niña. Era muy joven y me quería. La conocí en ese curso del que me gané una beca, no pasé más de seis meses allá. Ella sería mi perfecto recuerdo, ese amorcito que evocas cuando tienes el ego aporreado, pero se quedaría así, en el pasado, jamás le prometí regresar, jamás hablé de establecernos, de construir nada juntos. No sé qué más decirte sobre ella. Te puedo confesar es algo sobre mí. Yo también estoy aterrado, pero por algo más amenazante que tus supersticiones. Hace dos semanas, llegó una carta a mi oficina. No sé cómo consiguió mi dirección. Ese maldito Pájaro ya debe ser un anciano y yo no soy el muchachito de entonces, pero aun así, al entender que era él el remitente, se me heló la sangre. ¿Quieres ver una carta siniestra, peor que cualquier maldición?, ¿quieres tener un motivo real para atormentarte? Ese psicópata me amenazó y me reveló hasta dónde era capaz de llegar su maldad.

...Se desangró igualito que la madre. Ahora el ratoncito no sostenía su cría, sino una carta anudada con un encaje. Le clavé la garra justo después de meterla al buzón. Nadie se mete con mis juguetes, colombiano boludo.

Mientras María Teresa sostiene temblorosa el papel, guardado por dos semanas en mi billetera, se inundan sus ojos de horror. El ambiente se torna denso, nuestra atmósfera toma un aspecto coloidal, el silencio que pesa en el aire es rebanoado por un picoteo de pájaro en la ventana, que despierta a nuestra hija, quien ahora llora desconsolada en la habitación del lado. ■■■